

## **Domingo XII del Tiempo Ordinario (25-06-23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

La semana pasada, el Evangelio de Mateo (9,36–10,8) nos anunciaba que la cosecha era abundante y los obreros eran pocos. Y Jesús manda a sus discípulos después de haberlos reunido, después de haber formado el grupo de los doce, después de haberles dado y llamado por sus nombres (inclusive, por sus seudónimos); les dice, entonces, que vayan y expulsen demonios y anuncien el Evangelio. De tal manera que, hoy día, en este Evangelio continuamos con esa misma actitud de Jesús: que el discípulo está para dar gratis lo que recibió gratis.

Y ese es el Evangelio del Señor, que no es una simple doctrina, porque a veces confundimos y pensamos que, cuando el Señor nos llama para anunciar el Evangelio, hay que ser muy experto, hay que saber todo el catecismo de la Iglesia Católica, hay que saberse de memoria una serie de leyes, inclusive, algunas veces, ponemos unas cargas terribles a la gente (como por ejemplo, que para casarse se tiene que saber toda la doctrina acerca del matrimonio sin importar la experiencia vital). Y ha llegado el momento (que ya empezó desde hace 60 años con el Concilio Vaticano II), que se descubre que en la Iglesia habíamos dejado de evangelizar, habíamos dejado de anunciar el Evangelio, a través del testimonio.

Y, ¿cómo se anuncia el Evangelio? Como el Papa ha recordado en su primer resumen sobre este punto (cuando empezó su papado, hace 10 años): con la alegría del Evangelio. Y esta alegría del Evangelio es la que hemos vivido nosotros cuando nos hemos encontrado con Jesús, Él nos ha encontrado, nos ha llamado, nos ha interpelado, nos ha acompañado, y cada uno tiene una experiencia distinta porque los caminos hacia Jesús son diferentes, pero es el mismo Jesús vivido intensamente de diversas formas.

Y, por lo tanto, para poder anunciarlo no podemos repetir una doctrina. Es verdad que siempre esas cosas se necesitan (después se puede estudiar luego y mejorar el conocimiento de nuestro Dios y Señor), pero sin *experiencia vital* en donde yo le digo al otro: “Hijito, así hay que comportarse porque en mi vida pasó esto, me pasó lo otro. Y yo te comunico mi experiencia para que tú también puedas seguir caminando y tengas la ayuda de Dios, en la tuya”.

Esto es muy importante, hermanos y hermanas, porque tenemos que reformar la Iglesia, dado que nos hemos habituado a un cristianismo de doctrinas en donde la vida personal no cuenta y en donde hacemos cualquier cosa. Y, justamente, el Señor les invita a los discípulos a no tener miedo de expresar su experiencia con él, de decir: “yo siento a Dios de esta manera o de otra”. Y así, anunciar el Evangelio vivido anunciando en distintas circunstancias.

Tenemos un mundo, la mies es mucha, la cosecha es mucha, y ahí no solamente es una cuestión de vocación de ser curas, también están los laicos y las laicas, los seglares y las seglares; es decir, todos los que somos bautizados que tenemos el don y la misión de anunciar el Evangelio.

Y, aquí, entonces, en el Evangelio de hoy (Mateo 10,26-33) les advierte Jesús a sus discípulos lo que puede pasar por eso. Les dice que no tengan miedo de los hombres porque lo que Él ha dicho en silencio debe ser conocido en las azoteas y proclamado mundial y abiertamente. Y esto, evidentemente, a veces da miedo no solamente por la timidez de anunciar en público, sino también porque en el ambiente existen personas que se oponen al anuncio del amor, al anuncio de la dulzura, de la felicidad a través de un Dios que nos ama y nos perdona siempre. Y, por eso, el Señor invita a que, de lo oscuro, pasemos a la luz; de lo escuchado al oído, pregonarlo en la azotea.

Pero Jesús insiste en el tema del miedo porque hay quien persigue, como en el caso de Jeremías (20,10-13) que hemos leído en la Primera Lectura. Hay quienes se organizan porque alguien anuncia con su testimonio la verdad de lo que pasa, hay quienes persiguen, maltratan y hasta matan el cuerpo. Por eso, hoy día vamos a recordar que este miedo a que maten nuestro cuerpo, el Señor nos consuela, diciéndonos: “No pueden matar el alma”, que no solamente es el alma espiritual que está unida al cuerpo y que se separa cuando morimos, y que después está llamada a reincorporarse (por eso creemos en la resurrección), sino que también esa “alma” es todo lo que tiene **sentido**.

Los grandes de este mundo imponen las cosas de tal manera que producen un miedo en las personas para que callen y no se sepan los problemas, las realidades, las mentiras, las asechanzas, las calumnias, las estratagemas, las sinuosidades, los actos ambiciosos que existen detrás de muchos actos en el mundo, sobre todo, en todos aquellos que llamamos líderes que en diversas partes del mundo hacen lo

que quieren con la gente. Lo estamos viendo por las guerras que están ocurriendo, lo estamos viendo cuando hay peleas internas, porque quien siembra tempestades, cosecha inundaciones terribles y tragedias. Hay muchos problemas en los países porque cada uno va a lo suyo, y eso tiene que ser dicho, denunciado y se tiene que alzar la voz. Y esa voz tiene que ser, evidentemente, prudente, pero firme, certera y capaz de ayudarnos a recapacitar a todos.

Por eso, el cristiano, desde el inicio, es un misionero que anuncia con el corazón de su vida, y denuncia toda situación mala de todo lo que pasa y que, entonces, sabe anunciar el amor y sabe denunciar el odio, la injusticia, el maltrato. Y sabemos, inclusive, que hay personas que han sido asesinadas por decir la verdad, asesinadas a veces vilmente y sin ninguna culpa. Y no es suficientemente corregida esa actitud en el mundo por nosotros los creyentes.

Vemos también la delincuencia cómo está minando nuestra sociedad. Estos días ha sido interesante que nuestra policía haya empleado más inteligencia para capturar a esas personas. Sin inteligencia, sin prudencia, sin orden, si se va la mala o escondidos, no se hace nada. Está surgiendo una nueva mentalidad nuevamente en la policía, y esperemos en la ciudadanía, que está ayudando y tenemos que reconocer el valor que tiene. Ojalá se haga y propicie en toda la sociedad, porque estamos viviendo una serie de delincuenciales impresionantes.

¿El Señor qué nos dice ante esto? “No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar, no solamente el alma, no pueden matar el sentido”. Ustedes saben que cuando alguien amedrenta, alguien planifica destruir a los demás o planifica manipular las situaciones, las instituciones, y colocarse en

todos los lugares y monopolizar el poder; esas personas con eso hacen como una especie de terror para que nadie diga nada. Y así generan miedo y, a veces, por eso nos callamos, y creen que con eso se mata el sentido, el espíritu, la fe, el ánimo de una sociedad.

Lo que dice el Señor es que no tengamos miedo porque quien está tramando eso, está tramando el sinsentido de las cosas, la anarquía, la tiranía, la destrucción de la sociedad, la destrucción de las personas también.

Y, por eso, nosotros no hemos de tener miedo porque tenemos puesta nuestra confianza en que las cosas con sentido, bien hechas, porque valen la pena y procuran el bien de todos, esas cosas son valiosas; y quien destruye un cuerpo de una persona o destruye una sociedad en base al monopolio, el control y la tiranía (como pasa en muchos países del mundo), finalmente, termina en una actitud caótica y suicida.

Inclusive, por esas personas que intentan dominios absolutos y controles de todo tipo, tenemos que rezar para que salgan de la locura, del apasionamiento y de la dictadura de su concepción del mundo, su encerramiento, porque están ciegas y solamente hacen lo que quieren por sus intereses propios, pero vemos, entonces, que la sociedad decae y vemos que casi toda la población viene siendo afectada.

Por eso, hermanos y hermanas, tenemos que evangelizar en el sentido de anunciar el amor como fuente de todo, pero, también, como corrección del modo de comportarse egoístamente en distintas situaciones. Y eso requiere que vayamos al sentido de las cosas, porque la perdición consiste en que arrojamos toda nuestra vida en esto que, hoy día, el Evangelio, llama la “*gehena*”.

¿Sabían qué cosa era la gehena? Era una especie de quebradita en Jerusalén, en donde echaban toda la inmundicia, toda la basura. Y, hoy día, ha comentado este texto el Papa y dicho que solo temamos ser arrojados a la gehena. Es decir, para evitar que toda nuestra vida tan bonita, tantos años, tantos hijos, tanta alegría, tanto que hemos construido y todo se va a la gehena, o sea, a la basura.

No podemos hacer de nuestras vidas, unas vidas que terminan en el basurero, en el basurero de la historia. Y, evidentemente, sólo va a terminar en el basurero aquello que se hace destruyendo el cuerpo de las personas y el cuerpo de las sociedades. Solamente cuando construimos positivamente escuchando la opinión de todos, reconociendo a las personas, creando fraternidad, es que es posible que recuperemos siempre el sentido de las cosas y no nos vayamos a la gehena, no nos vayamos al basurero.

Pero, hoy día, hay personas que están tan desesperadas por sus propios intereses, que solamente matan cuerpos y matan sociedades. Pero el Señor está diciendo ahí: “Temán solamente a aquel que tiene capacidad de mandarlos a la gehena por lo que han hecho”. El Señor no quiere mandar a nadie a la gehena, pero quien actúa de esa manera, solito se compra su lugar en la gehena, su lugar en el basurero.

Por eso, hermanos y hermanas, tenemos que incentivar en cada uno de nosotros la capacidad de anunciar el Evangelio. Todos somos evangelizadores, todos podemos comunicar la grandeza y la belleza de la experiencia de fe que tenemos, comunicarle a alguien y según los niveles. Están los profesionales que pueden hacerlo para modificar las formas de enseñar, de organizar la sociedad; otros, que son jóvenes, pueden comunicar a los jóvenes para no perder el tiempo en

cosas superficiales, porque ahora hay mucha tentación de superficialidad y no se ve el valor de la vida muchas veces. De todas maneras es bonito cómo el anuncio del Evangelio está presente, por ejemplo, siempre que vengo acá, veo la plaza de los Héroes Navales llena de jóvenes preparando los bailes de sus pueblos, participando como ahora, la fiesta del Nazareno. Allí los chicos están comunicando el Evangelio por medio de la alegría, de la alegría de la fiesta. Es lindo ver, cantidad de sábados y domingos, a los chicos o en las noches de los días que bailan porque le “roban” tiempo al sueño para poder vivir con alegría.

¿Qué cosas tiene el baile? El baile es algo “inútil” como “inútil” es venir a Misa, porque no es por utilidad que venimos a la Misa. Lo gratuito es “inútil”, pero tiene muchas consecuencias y grandezas, y es muy útil de otro modo, a consecuencia de que es algo gratuito.

“No hay nada más inútil que rezar”, ¿por qué?, porque es gratuito. Y si es gratuito tiene su manera de ser útil. Si es que yo rezo solamente para que me lleguen unos “mangos” o para que tal chica venga a mí como una especie de magia, o cuando se hace una especie de sortilegio en que consigo algo. Eso es utilitarismo.

Las cosas grandes de la vida no se hacen por utilidad, se hacen por generosidad, por actitud gratuita. Hoy día estamos aquí por amor, y eso es más, tiene mayores consecuencias para la vida que si viniéramos aquí para rezar que nos suban el sueldo o baje el costo de la vida. Es verdad que también pedimos por esas cosas, pero no es el objetivo principal.

El objetivo principal de venir a Misa y de orar, es participar vivamente del amor gratuito de Dios. Y eso tendrá muchas

consecuencias gratuitas que el Señor tendrá que decir cuáles son. Sus milagros vendrán a consecuencia, no a consecuencia de que yo “compro” los milagros. Tenemos que quitarnos esa mentalidad durante estos años, debido a que ha habido un cierto progreso en el mundo, pero que ahora se está cayendo. Esa mentalidad de que yo consigo todo con mi esfuerzo y, por lo tanto, es cuestión de invertir y especular. Esa ambición increíble por obtener recursos a costa de mi esfuerzo y de mis especulaciones económicas, ha llevado a pensar que todo está en nuestras manos y que ya lo gratuito, lo humano, no existe. En el mundo de hoy, solo existe el utilitarismo y el cálculo de las ganancias.

Y, por lo tanto, el Señor viene a decirnos: “No teman luchar, no teman decir, no teman hablar”, para que los que matan el cuerpo no puedan matar el alma. No teman, anuncien el Evangelio, testimonien el sentido gratuito de sus vidas. Y, en ese sentido, todos nos convertimos en testigos, y el Señor hoy día quiere eso, y el Santo Padre lo ha recordado el día de hoy al señalar que perdemos mucho el tiempo en este mundo, en cosas que no valen la pena y no nos centramos en las más importantes que es ser felices, ser hermanos, ser amigos y, por lo tanto, compartir nuestra vida con los demás.

El Evangelio, hermanos y hermanas, no se reparte; el Evangelio *se comparte* desde la experiencia que cada uno tiene. No tengan miedo de evangelizar, no necesitan que pedirle permiso al obispo para anunciar el Evangelio a la compañera o a los amigos. Eso brota del corazón, eso no se controla, eso lo hacemos juntos todos y, poquito a poco, nos ayudamos y vamos corrigiéndonos. Cuánto deseo tiene la Iglesia y, especialmente, el Santo Padre, de que hasta los más sencillos, los pobres, los niños, todos anuncien el Evangelio



con su vida y den testimonio de ello. A veces, en algunos casos en el mundo, se pierde la vida a consecuencia de anunciar el amor (como está pasando en algunos países donde la Iglesia es perseguida).

Por eso, sintámonos como gorriones, como pajaritos en manos del Señor que nos cuida, y que ninguno cae al suelo si es que el Señor no lo permite, porque siempre está pendiente de nosotros, porque Él es nuestro Dios que nos cuida, nos ama y, por lo tanto, es capaz también de hacer que nosotros seamos sus testigos. Si hoy día, nosotros como testigos, lo anunciamos de esa manera, Él nos reconocerá cuando definitivamente se examine nuestra vida y tengamos que participar del Reino de los cielos; pero si no es así, desgraciadamente, el Señor no nos reconocerá porque no somos de los suyos.

Que Dios los bendiga y que todo el mundo se sienta incluido en este amor de Dios. Y lo que Dios nos ha dado gratis, compartámoslo gratuitamente como dice el Señor, que nos ama sin medida y sin pedir nada a cambio.

Amén